



**Real Academia de San Romualdo
de Ciencias, Letras y Artes**

LOS HILOS DE LA MEMORIA

Santiago Casero González

Cuento ganador del

**LII CONCURSO INTERNACIONAL DE
CUENTOS PUENTE ZUAZO**



Junio de 2026

Los hilos de la memoria

Santiago Casero González



*Resuenan en mis huesos más que en mi memoria
los ruidos del tiempo.*

Antonio Soler, *Las bailarinas muertas*.

Yo tenía seis años cuando descubrí la sangre.

Lo cierto es que recuerdo muy bien la primera vez que contemplé los pétalos de una vagina y el laberinto de un ombligo; recuerdo a un anciano llorando frente a una tumba bajo la lluvia y las primeras letras temblorosas que escribí con mi lapicero alemán en un cuaderno; recuerdo además el erizo que se mudó a mi pecho al descubrir que la muchacha que yo amaba prefería a cualquiera que no tuviese mi voz ni el número de mis zapatos y también recuerdo haber comido una uva prodigiosa de los dedos de mi abuela.

Pero lo que recuerdo sobre todas las cosas es el día en el que vi por primera vez la sangre, que era la mía, y sus maneras exageradas y alarmantes de existir; el mismo triste día en que odié a mi madre y ella probablemente lo supo y lo entendió como se entienden las flaquezas de los hijos, que tal vez hagan tuyas. Ni siquiera sabía yo todavía cómo se llamaba aquel lábil y oscuro animal que acabó desbordándose de mi cuerpo a través de la sima de la boca, ¿cómo iba entonces a sospechar que sería justo mi madre la que me fabricaría alguna vez el atroz recuerdo de mi primer dolor, el que ha de haber fundado luego todos los demás a lo largo de mi vida?

Ahora, al evocarlo todo con el equívoco filtro del tiempo, veo al santo inocente de pantalón corto que yo era entrando de la mano de

mi madre por la puerta de una clínica que tragaba y vomitaba personas encogidas, igual que si caminaran contra el viento. Si no me engaña la memoria, la clínica era un edificio más bien chato en la calle Doctor Esquerdo, de dos plantas y pintado de verde agua, aunque gastado en los bordes como una pesadilla, donde ya nos aguardaba una sala de espera repleta de mujeres, madres con sus hijos, que escuchaban en un silencio ensimismado los aullidos de otros. Los otros éramos fatalmente nosotros, los niños, nuestra común inocencia, la posibilidad de la sangre que seguramente ninguno sabíamos nombrar todavía.

Admito que el tiempo transcurrido tal vez confunda y borre los detalles menores, pero lo que sí recuerdo como si fuera ayer es que, sin saber cómo, me encontré de pronto sentado en una silla absurda, aunque extrañamente confortable, bajo la luz cegadora de una lámpara que zumbaba agorera como una metáfora temprana. Y que entonces, a través de alguna puerta o quizá traspasando una pared, entró el gigante de la bata blanca, callado y fanático, sus ojos de escualo tras unas gafas de acero, sus narices silbantes al extirpar de un tajo certero lo que luego, a destiempo y como con arrogancia, llamaron «amígdalas». Sé que en ese preciso momento quise alzarme de manos, igual que un caballo de tebeo, pero que algo poderoso me lo impidió: una correa, unos brazos, las serpientes marinas que estrangulan a los hijos de Laocoonte en alguna lejana playa de Anatolia.

Creo, a fin de cuentas, que casi todo lo que recuerdo de ese día son instantes aislados y propósitos sin esquema, inmediatos, pero hoy puedo afirmar al menos dos cosas: que me moría por clavar con saña el corvo cuchillo de Sandokán en el cuello de ese titán miope y que me puse inconscientemente platónico para ser capaz de pensar que, después de todo, aquel dolor no era real, sino algo ilusorio y mendaz, que la verdad no me esperaba al otro lado de la puerta, en los brazos de mi madre, a la que en ese instante yo odiaba con la pena de haber sido despojado por sorpresa del amor a lo sagrado. La única verdad, la que no era al parecer la ilusión engañosa del cariño de una madre, estaba precisamente afuera, aunque más lejos, en el refugio de la pura calle, en

los desperfectos de las aceras que la lluvia de la noche había llenado de agua y de reflejos cubistas, en el guardia urbano que ordenaba el mundo con el aleteo de sus guantes blancos en la Plaza de Manuel Becerra, en los pulpos impresionistas pintados en las puertas de los bares como un reclamo de hambrientos y de náufragos.

Así que fingí.

Oh, sí, una vez ejecutada la carnicería en aquel quirófano de guerra, fingí aceptar el dolor además del abrazo a destiempo de mi madre y sus promesas (helados de tres sabores, el último número del Guerrero del Antifaz, pernoctar para siempre en la cama a su lado), pero, ya en el taxi que nos devolvía a casa y derramando todavía una sangre que se hacía enseguida vieja sobre una toalla, calladamente decidí que sería paciente y taimado, que simularía haber olvidado esa celada infame y haber perdonado a todos los que la urdieron hasta el día en que pudiera alistarme en la Legión Extranjera o enrolarme en un ballenero o en el circo de los hermanos Ringling, y a lo mejor irme luego a vivir a las remotas estepas de Mongolia, entre caballos enanos y yaks, ya vería, con tal de que mi madre no fuera capaz de encontrarme jamás.

No lo hice. No pude. Se restituyó naturalmente lo inefable y lo sagrado. En fin, me quedé.

Me quedé a crecer por inercia, a perdonar en serio, un poquito cada día, y sobre todo a aprender palabras tan nuevas como la de la sangre: varicela, istmo, aguafuerte, desamortización. Cicatriz.

Todo se cura, todo se vuelve cicatriz.

Cicatrizó por fin la herida de mi garganta y también la de mi odio infantil, tan voluble e insensato como ciertos afectos de la adolescencia que vino después, y a día de hoy he perdonado por fin del todo y ahora no sólo sé usar la palabra sangre en su contexto de arterias y de heridas sino que conozco cientos de palabras más con las que nombro cosas tristes o hermosas o terribles, y con ellas escribo a veces relatos para intentar depurar y dilatar, al mismo tiempo, la realidad, que siempre me ha parecido tan insuficiente.

Pero en ese camino también he descubierto que a un dolor le sucede siempre otro, aunque esta incontestable certeza no me ayude a mitigar la pena de saber que ahora es mi madre la que olvida las palabras y los nombres, poco a poco; la que no sabe quién es ni cómo se llama el tipo que acude cada día a lavarle la espalda con una esponja jabonosa, que le peina el cabello gris delante de un espejo, que la llama «mamá», le acaricia las manos y la besa en la frente.

Mi madre, ahora, va olvidándolo todo menos la gloria de una juventud que su mente gastada inventa y mejora, una época en la que todavía no estaba mi padre y yo aún no había nacido, y entonces no puedo dejar de preguntarme si los hilos desordenados de la memoria de mi madre alcanzarán a recordar el triste día en que yo descubrí la sangre, la odié por eso y ella probablemente lo supo y lo entendió como se entiende el cruel aprendizaje de un hijo.

